

## LA PALABRA<sup>40</sup>

Un escritor muy conocido que había pasado el verano en En Calcat y hábil asistido a la Misa conventual me dio una gran alegría y me hizo pensar mucho al decirme: “Entre ustedes por lo menos, la palabra recobra toda su dignidad”.

Verdad es que la palabra, que en si misma es una realidad noble y que ennoblece, tiende a degradarse, a envilecerse en nuestra civilización, lo cual es una de las mayores pérdidas que pueden sernos infligidas.

La palabra es reina de los instrumentos de nuestra creación. Y no deseo aquí hacer solamente alusión a la Palabra de Dios: “Él dijo, y todo fue hecho”. Aun nuestra palabra, los sonidos que emitimos con nuestros pulmones, garganta, cavidades de la cabeza, lengua y labios, aun esas vibraciones materiales y medibles, juegan papel capital en la formación de nuestras estructuras nerviosas y, por consiguiente, de toda nuestra vida fisiológica. El doctor Tomasin ha demostrado que la voz de una mujer encinta ocupa un primer lugar en dar forma al niño que lleva en sus entrañas, que nuestra propia voz despierta continuamente y pone en acto los mecanismos más íntimos y más vitales de nuestro cuerpo. Hablar no es solamente expresar pensamientos y sentimientos, ni emitir fuera, hacia el dominio público, algo que puede quizás ser recogido, levantado por otros; hablar es actuar en la forma más directa y más realista sobre el cerebro compuesto de células, y sobre el nuestro, en primer lugar.

¡Qué magnífico poder hay en una voz bien colocada, en palabras y frases bien pronunciadas! Como manos infinitamente sutiles, entran por nuestros oídos hasta esos refugios protectores de la personalidad que son las cajas craneanas del ser humano, y allí, para mejor o peor, tocan, ponen en movimiento, conectan o desconectan órganos de una delicadeza increíble cuyo juego ocasiona sentimientos y suscita pensamientos o actos. ¡Que importante pues manejar un instrumento así con justeza, precisión, fineza y bondad!

Y esto tanto más cuanto que la palabra sobrepasa ampliamente los límites de su acción física. Las palabras, una vez lanzadas al aire, muy a menudo continúan su camino mucho tiempo después de que sus ondas hayan cesado de vibrar y de hacer vibrar algunas células de auditores. San Pablo expresa el deseo de que “la Palabra de Dios corra” (2 Tm 3,1); algunas palabras de grandes hombres han vivido y actuado durante generaciones; palabras muy simples y corrientes a veces han perseguido con ahínco a algunas personas, sea para estimularlas al esfuerzo y al bien, sea para hacerlas sufrir y destruir algo en ellas. Muchos entre nosotros podemos recordar frases que han sido, durante años, como un resorte precioso o como una plaga temida.

Consecuencias así son, estrictamente hablando, incalculables. No es pues tratando de suponer el efecto que producirán nuestras palabras que llegaremos a regularlas; y, esto, ¡gracias a Dios! pues viviríamos entonces en un temblor constante y no nos atreveríamos a abrir la boca. Debemos esforzarnos más bien, al comienzo, en ser sencillos y veraces. Una palabra veraz, una palabra pura, es decir a la cual se mezcla el menor número posible de parásitos, hará camino según la voluntad de Dios y finalmente siempre será fecunda.

¿Qué entiendo por parásitos? Principalmente el deseo de agradar, el de vengarse, el de obtener

---

<sup>39</sup> Abad de En Calcat, Francia.

<sup>40</sup> Artículo tomado de: *Presence d'En Calcat*, n° 25, Enero 1970, Dourgne, Francia. Traducido por Sor Clotilde Barbé, osb. Abadía de Santa Escolástica – Argentina.

un beneficio y el de tranquilizarse. Pero entrar en esto exigiría mucho desarrollo, y cada cual lleva en sí mismo aparatos excelentes para detectar por sí solo tales parásitos -y muchos más aún- sin que sea necesario hacer teoría al respecto. Vuelvo más bien a mi punto de partida. ¿No es acaso cierto que hoy día nos vemos inundados por una marea de palabras así parasitadas y envilecidas? Es inútil citar ejemplos ni lanzarse en fáciles diatribas: esto sería nuevamente arriesgarnos nosotros mismos a un uso muy mediocre de nuestra palabra. Mejor es buscar la reacción devolviendo a nuestra propia voz, a nuestra propia elocución, a nuestro propio vocabulario, a nuestra propia gramática, esa cualidad neta y firme que haga un medio, de prójimo en prójimo, de un verdadero contagio regenerador.

Simultáneamente nos será acordado un don suplementario. Si la palabra está destinada primordialmente a la comunicación entre personas, tiene por añadidura como una existencia que le es propia; es un mensaje, pero es también una obra. Una palabra pura será hermosa.

No pienso únicamente en la poesía o en la elocuencia, a las cuales pocos de entre nosotros estamos llamados; hay frases muy simples, sin pretensión ninguna, que alcanzan una belleza perfecta. Permítaseme ilustrarlo con un recuerdo. Un día de junio encontré a mi madre a una vieja campesina parada delante de una deslumbrante avenida de rosales; al ver que se aproximaba, aquella mujer, poco conversadora y sin cultura, le dijo de la manera más natural del mundo: “Ah, señora! poco importaría morir mirando esto”. Siete palabras: ¡qué uso perfecto del lenguaje! Después de treinta años, estas siete palabras siguen cantando en mi corazón.

¿Cómo purificar nuestra palabra? ¿Cómo ennoblecerla?

Una palabra se forma o se deforma por otra. Instintivamente, y aún de manera totalmente inconsciente, nosotros reproducimos en nosotros mismos los gestos de aquél que habla a nuestros oídos. Mucho más profundamente aún nos modelamos en base a sus actitudes interiores y sus pensamientos si es que él sabe usar verdaderamente su lenguaje; esto es bien conocido por los predicadores, como así también por los actores y tribunos.

Ahora bien: hay una palabra que nos ha sido dada, que sobrepasa a cualquier otra de toda la amplitud del cielo: la propia Palabra de Dios. Dios no se contentó con decir un día, “y se hizo”; ha entregado sus pensamientos y sus palabras a nuestro uso cotidiano, para que su acción se perpetúe en nosotros en forma concreta y a través de toda nuestra existencia.

Leer la Escritura es cosa excelente; oír proclamar es una oportunidad mayor aún pues, como dijo Jesús un día, “esta Escritura se consume en vuestros oídos”(Lc 4, 21); encuentra allí la plenitud de su existencia y de su acción. ¡Qué decir entonces de la gracia que representa pronunciar uno mismo en voz alta esas palabras y esas frases! Es entonces que ellas llegan hasta las fuentes mismas de nuestra palabra, fuentes fisiológicas tanto como psicológicas. La Palabra de Dios “penetra hasta la división del alma y del espíritu, de la coyuntura y de la misma médula” (Hb 4,12): pero no para disociar y destruir, sino para vivificar.

Miremos el misterio de la Encarnación. Sabemos que en María la Palabra de Dios penetró y actuó de manera tan poderosa y tan profundamente que ella vino a ser “en la división de su alma y sus entrañas” un niño, hombre real.

Que en nosotros también entre la Palabra de Dios y sea acogida; y que al pasar por nuestros oídos, nuestras bocas y nuestros corazones, despierte en nosotros una verdadera palabra de hombre a imagen de Dios, una palabra viva, una palabra hermosa y pura, que nos una cada vez más entre nosotros.